



Una de las maravillosas lagunas de Tahití. El agua es limpiísima y transparente. Los turistas pueden dedicarse a la pesca submarina o a cualquier deporte que deseen.

un sueño que se paga a plazos

# CUANDO EMPIEZAN LAS NIEVES EN EUROPA

CUATRO MIL PESETAS AL MES LLEVAN A TAHITI, EL ULTIMO PARAISO

**P**OR unas sesenta mil pesetas, pagaderas en quince meses, puede usted pasar un mes en Tahiti. En la cantidad entra también el viaje, en avión, con salida en París. Organiza estas vaca-

ciones el Club Méditerranée, una entidad turística francesa con socios de todo el mundo.

Tahiti ha sido definido como «el último paraíso». Su fama se basa en los viejos recuerdos de la estancia de

Gauguin; su leyenda ha sido cimentada por innumerables películas de aventuras exóticas. Millones de personas de todo el mundo tienen una idea, acaso vaga, pero muy sugestiva, de la vida en el minúsculo

archipiélago, donde la naturaleza y el clima son extremadamente benignos y el forastero es un rey...

Pero Tahiti está muy lejos: a más de veinticuatro mil kilómetros de Madrid y a otro

SIGUE



Una muchacha tahitiana impone la tradicional corona de flores a una turista. Parece que el mundo «civilizado» está muy lejos. Es como encontrarse en el mismo paraíso.

**UN SUEÑO  
QUE SE PAGA  
A PLAZOS**



En la playa, indígenas y turistas bailan juntos. Todo está organizado para que los visitantes puedan hacerse a la idea de que han ido al archipiélago más feliz del mundo.



Una vista del recinto turístico

tanto de Roma, París, Londres, Nueva York o Moscú. La inmensidad del Pacífico ha definido la vida natural de sus habitantes, pero también ha contribuido a que este «paraíso» fuese casi inaccesible. Hasta hace pocos años, el único acontecimiento era la llegada del correo de Francia una vez al mes. Apenas llegaban visitantes. En 1955, fueron sólo seletientos en todo el año. El viaje en avión venía a costar unas cien mil pesetas ida y vuelta; estaban además los gastos de estancia. Sin embargo, recientemente, la situación ha cambiado gracias a una organización turística francesa, el Club Méditerranée, que ofrece un viaje en avión y es-

No obstante la apariencia primitiva, las cabañas del pueblo turístico son tan confortables como las habitaciones de cualquier hotel europeo: limpieza absoluta y servicios que satisfacen al cliente más exigente, más habituado al confort.



construido en la isla de Morea, la isla gemela de Tahití. Cada una de las 85 cabañas lleva un nombre polinésico: «Moana», mar profundo; «Rima-rima», plátano...

tancia de un mes en Tahití por sólo unas sesenta mil pesetas, todo comprendido. Esta cantidad puede pagarse en plazos de quince meses, antes o después de haber efectuado las vacaciones.

Durante el verano, una vez al mes, un gran Jet embarca en París a cien personas y en veinticuatro horas las lleva a Tahití. Serán huéspedes de un verdadero pueblecito polinésico, con ochenta y cinco cabañas entre las palmeras, en una playa maravillosa ante el agua transparente del mar... Es otro mundo; se vive como los polinesios, vistiendo el sencillo «pareo», el traje nacional, consistente en un lienzo que puede ceñirse al cuerpo de

diecisiete formas diferentes. Prácticamente, el turista no necesita llevar consigo equipaje: todo lo encontrará en Tahití. El mundo «civilizado» se encuentra muy lejos cuando se pasea con los pies descalzos por la arena dorada, con la guirnalda de flores al cuello y con la perspectiva de un fabuloso plan de distracciones: pesca submarina en alta mar, ski acuático, excursiones a través del archipiélago, danzas y conciertos de música polinésicos...

Además, se puede disfrutar de las «Odiseas», viajes de cinco días de duración en una antigua goleta, de atolón en atolón a la caza de la fauna submarina, con ayuda de un

hidroavión. En Tuamotú se celebran periódicamente safaris submarinos para los aficionados a esta clase de caza. El pueblo donde residen los viajeros del Club ha sido construido en Morea, la isla gemela de Tahití, pero puede decirse que los turistas son, prácticamente, los dueños del archipiélago. Puede limitarse a comer lo que les ofrece el mar y las plantas, pueden elegir, si quieren, dos o tres menús, o pueden no elegir nada y holgazancar entre la gente más pacífica del mundo.

Las cosas han cambiado. Ya no se va a observar con curiosidad y sorpresa la vida de los «salvajes»; se va a imitarlos y a vivir como ellos en

su mismo ambiente. Pero las cabañas de Tahití poseen los servicios perfeccionados de cualquier buen hotel europeo..., pese a lo cual, el turista ávido de naturaleza sigue no darse cuenta de ello y cree que el agua corriente es un privilegio de los habitantes del feliz archipiélago.

Con asombro, los polinesios se enteran, por lo que les dicen los visitantes, que son el pueblo más feliz de la tierra. Lo dicen los turistas allí y lo repiten incansablemente al regresar, incitando a otros a imitar su aventura, sin riesgo y con la garantía de vivir unas semanas al borde del paraíso...

Sandro PRATO